

“Este servicio, agrega Kératry, prestado á la corona mexicana, desagradó en Paris. El Gabinete de las Tullerías no aprobó este acto del Mariscal Bazaine, y le dió la instrucción de que no consintiese en que se hiciera préstamo alguno al tesoro mexicano. La caída del Imperio no era, pues, dudosa; comenzaba su agonía.”

Como los préstamos de Paris estaban ya agotados, y las rentas públicas disminuían considerablemente, por motivo del estado de la guerra y del despilfarro que se había estado haciendo, el Archiduque se vió en la forzosa necesidad de acortar los gastos desde principio de 1866.

Desde Abril de este año, según refiere el Sr. Payno en su obra tantas veces citada, “Maximiliano llamó á Don José M. Lacunza, y lo investió de una completa dictadura en el ramo de Hacienda, de modo que no se daba ni siquiera un peso sin su orden. Lacunza estableció las más estrictas economías, comenzando por reducir la asignación del Emperador á 500,000 pesos y á 100,000 la de Carlota; siendo reducidas también las de la Casa Imperial.”

Sin embargo de esa reducción, el Mariscal no había podido permanecer sordo al grito de angustia lanzado por el Gobierno imperialista; y el referido Lacunza reclamó el *socorro* de la Francia en una carta patética dirigida á aquel personaje, en la que hacía una pintura harto triste de la situación militar, desde el punto de vista financiero, trayendo á colación la división Mejía, las tropas de Quiroga, las de Franco, las de Florentino López y las austro-belgas; á éstas sólo se debía más de medio millón de pesos; á las de la guarnición *dos meses de sueldo*.

Y agregaba:

“Todos los gastos se han reducido á su *mínimum*, comenzando por la lista civil del Emperador. S. M. se conforma con la tercera parte de la lista asignada, hace medio siglo casi, al Emperador Iturbide. Como V. E. sabe, se trabaja en el nuevo orden que debe exigirse en las rentas públicas, y del cual se aguarda un aumento notable en los productos, y además, se preparan nuevos impuestos, de los cuales ya algunos se han puesto en práctica, como, por ejemplo en las aduanas marítimas.

“Pero no es dado al hombre retardar ni acelerar la marcha del tiempo, y en esto consiste el elemento de todo bien ó progreso. Para

que los nuevos proyectos den los resultados que estoy cierto no defraudarán nuestras esperanzas, se necesita indispensablemente cierto período de tiempo para su aplicación.

“Es preciso contar con algo durante este período de transición. No pudiendo ser aún con los nuevos recursos, es necesario que sea la Francia la que nos los suministre. Esta verdad también fué reconocida y practicada por M. Langlais.

“Cuando acaeció su muerte, tan sentida, quedaron por un momento suspensos los recursos materiales, y el Gobierno tuvo que sufrir la ley que le impusieron los capitalistas á quienes se dirigió. No ignora V. E. lo que sobrevino: negocios ruinosos bajo todos aspectos; tales como se hacen bajo la presión de la necesidad, dieron al Gobierno recursos que le duraron ocho días, y lo desacreditaron por un tiempo mayor, obligándolo á emplear, para reembolsar las cantidades que le habían anticipado, hasta una parte de las rentas marítimas, y con las cuales debía pagar préstamos exteriores.

“*Tal es el resultado producido por la retirada de la cooperación francesa antes del tiempo debido.*”

“La alternativa para V. E. es, pues, ésta: ó bien imponer hoy al tesoro francés una carga ligera para terminar la obra emprendida por el Emperador, la cual es grande y útil en sí misma, ó bien abstenerse de hacerlo é imponer por consiguiente á ese mismo tesoro francés gastos y sacrificios mucho mayores.

“No puede abandonarse la empresa: ¿V. E. la terminará á poca costa? O bien ¿dejará á su Gobierno la tarea de terminarla á costa de sacrificios inmensos?

“Tal es la cuestión Sr. Mariscal, que somete á V. E. vuestro sincero y adicto amigo.—*J. M. A. de Lacunza.*”

Dos días después del envío del anterior documento, refiere Kératry, que revelaba las angustias de Maximiliano, “se había reunido el Consejo en el Palacio imperial. Se hallaban presentes el General en jefe, M. Danó y M. de Maintenant, Inspector de Hacienda, delegado en México por la Francia. Maximiliano estaba rodeado por los Ministros de la Corona: la escena estaba llena de tristeza. El Sr. Lacunza reclamaba netamente de nuestro tesoro un préstamo mensual de 5 millones de francos: los representantes de nuestro Gobierno, en virtud de las instrucciones que se les habían dirigido, se habían negado

á conceder lo pedido. Entonces el Emperador lanzándose á la discusión, exclamó:

“Haciendo abstracción de todos los detalles, la cuestión puede resumirse en pocas palabras: *la bancarrota del trono ó la esperanza de salvarlo*. Si las personas que representan á la Francia en esta reunión no quieren aceptar la responsabilidad de haber gastado algunos millones, aceptarán la de haber dejado venir la bancarrota, lo cual, sin duda, no entra en los deseos del Emperador Napoleón, que siempre se ha mostrado el amigo del Imperio.”

“El Mariscal concedió la mitad del préstamo pedido por el Archiduque. Ya se ha visto qué recepción aguardaba en París á la iniciativa del General en Jefe.”<sup>1</sup>

Anunciada oficialmente en notas diplomáticas la evacuación de México por el ejército francés, el Gobierno imperialista trató de explicar ese acontecimiento, para él de vida ó muerte, paliándolo á su manera, es decir, juzgándolo como un suceso natural y preciso, deducido de la misma naturaleza de los acontecimientos políticos verificados en el país por motivo de la criminal Intervención extranjera, y sin que su cumplimiento, por estricto que fuese, comprometiera de ninguna manera una situación que se consideraba floreciente y sólidamente establecida.

A ese efecto, el “Diario del Imperio,” en un editorial del número correspondiente al 21 de Mayo, intitulado “Situación política,” decía entre otras cosas lo siguiente, que el tiempo se encargó de desmentir de una manera elocuente y pésimamente mala para el poder usurpador, como no tardaremos en demostrarlo.

Escuchémosle:

“El Gobierno americano que no tiene agravio alguno de México, no puede faltar á sus principios ni al derecho de gentes haciendo una invasión en nuestro suelo, ni puede tener interés en que la anarquía y la guerra civil se perpetúen en nuestro país, como ha acontecido desde la época de la Independencia.

“Esto está en la lógica de la razón, en los hechos y conducta de aquel Gobierno, y en las creencias de los hombres de Estado de la Unión americana, como lo hemos visto expreso en sus notas repeti-

<sup>1</sup> Kératry.—Elevación y caída del Emperador Maximiliano.—Páginas 105 y 106.

das ocasiones. Así, es claro que el acuerdo entre los Estados Unidos y la Francia sobre la cuestión mexicana, y la salida del ejército francés, ni es una emergencia imprevista, sino un acontecimiento que debía realizarse, ni se debe considerar como el principio de una invasión del Norte.

“No encontramos, pues, fundamento, ni en la retirada de los franceses ni en los principios prácticos de la Unión americana, para creer que un elemento extranjero venga á destruir el Imperio.

“En cuanto á lo interior, queda la Nación mexicana para sostenerse con los recursos que tiene física y moralmente. ¿Cuáles son? No, ciertamente, unos centenares de la Legión extranjera y algunos soldados mexicanos, sin disciplina y sin elementos para llevar adelante la obra de reconstrucción y sostener el trono de Maximiliano, como dicen los redactores del “Marqués de Caravaca.”

“Queda la Nación mexicana con el instinto de su salvación, con el deseo de la paz, del orden, y con el horror á las venganzas y á la guerra civil.....Queda con un ejército nacional, tan hermoso, disciplinado y provisto como el que se retira; y sobre todo, queda con garantías y libertades, que á pesar de lo que se diga en contra, por pasión, ó por espíritu de partido, no se ha gozado sino en el Imperio.

“Figurarse la evacuación de las plazas y de las ciudades por el ejército que sale, dejándolas en el abandono sin auxilios, sin fuerzas que conserven el orden, es una mera suposición.

“Calificar desventajosamente al ejército mexicano suponiéndolo falto de disciplina y de recursos, es hacerle un agravio injusto y ofender á los mexicanos asegurando que no son capaces de salvar lo que han proclamado.

“Los elementos nacionales del Imperio no han de desaparecer con la retirada del ejército francés; por tanto, es seguro que en vez del cuadro de anarquía y exterminio que se presenta para dividir de nuevo la opinión y provocar los odios de partido, *hay esperanzas de la completa pacificación, y certeza de consolidar*, por último, un Gobierno estable. Este sabrá sostener la transición á fuerza de energía y actividad, y confía en el poder de la Nación.”

Sólo un espíritu altamente preocupado, ó una imaginación ciega y extraviada, podía estampar los conceptos anteriores y hablar en serio de la estabilidad y consolidación del trono sin el concurso de la Fran-